

Un análisis de *Diario del dolor* de María Luisa Puga: reescribirse en el dolor

An Analysis of *Diario del dolor* by María Luisa Puga: Rewriting Herself Through Pain

Hernández Cabrera Luisa Margarita¹, Flores Salgado Luis Mauricio², Gabriela Trejo Valencia³, Mara Itzel Medel Villar⁴

¹⁻² Estudiantes de la Licenciatura en Letras, División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guanajuato.

lm.hernandezcabrera@ugto.mx¹, lm.floressalgado@ugto.mx²

³⁻⁴ Profesoras del Departamento de Letras Españolas de la Universidad de Guanajuato, g.trejo@ugto.mx, mi.medel@ugto.mx

Resumen

Este artículo presenta los resultados de un breve análisis del texto autorreferencial *Diario del dolor* de la escritora mexicana María Luisa Puga. La revisión se plantea en relación con cuatro aspectos esbozados por Isabel Morales Benito acerca del dolor y nuestra relación con él. Dichos puntos son: a. El carácter de otredad del dolor y del cuerpo; b. La metamorfosis y la crisis de identidad; c. La instalación en el tiempo presente y d. La soledad y la pérdida de relaciones con los otros. A partir de este hilo conductor se pretende destacar algunos de los aspectos más relevantes del texto de Puga. De esta manera, con esta revisión de la manera en que la autora se reescribe tras una enfermedad, ampliamos las rutas de lectura sobre la narrativa puguiana e invitaremos a más estudiosos a generar la suya, algo que se precisa necesario si consideramos que la obra de la autora ha sido desatendida por la crítica.

Palabras clave: Dolor; escritura sobre la enfermedad; identidad; María Luisa Puga.

Introducción

¿De qué se escribe cuando el cuerpo duele? Muchas veces, se podría pensar que las palabras no alcanzan a describir el dolor físico causado por una enfermedad, que solo podremos encontrar unas cuantas definiciones técnicas de la medicina, las cuales, de tan frías, jamás nos hablan con autenticidad de la experiencia humana de tener que vivir con el dolor causado por una enfermedad incapacitante. No obstante, es en la literatura donde encontramos una posibilidad de conectar con el dolor desde el lado humano, es el texto literario una opción para enunciar lo que parecía imposible.

Existe una gran lista de autores y autoras en la historia de la literatura que han tenido presentes en sus obras los temas de la enfermedad y el dolor, esta lista va desde Virginia Woolf, Franz Kafka, Audre Lorde, Gabriela Brimmer, hasta ejemplos más contemporáneos como los de Mario Bellatin, Lina Meruane o Marta Sanz, por mencionar algunos. En la literatura mexicana, pocas plumas como la de María Luisa Puga han logrado relatar de forma auténtica la experiencia de vivir con dolor tras los embates de una enfermedad crónica degenerativa. En *Diario del dolor* la autora no solo logra nombrar o describir al dolor que la aqueja, sino que, de la mano de la prosopopeya, es capaz de convertir el dolor en un personaje de su obra; entonces lo dota de una personalidad propia que se deja ver con frecuencia en el diario porque está con ella en todo momento (la escritura no es la excepción). Al principio, Dolor es tan ajeno a ella que siente que invade su espacio y su vida, pero de manera gradual, a Puga le va resultando cada vez más conocido, tanto es así que puede mirarse en él como en un espejo, pues, en última instancia, también Dolor la revela en ángulos que ella no había advertido antes.

Su último libro es un testamento literario en el que Puga nos permite conocerla en su intimidad y reconocer a Dolor, así, con mayúscula, como la entidad que la acompaña durante la escritura de los cuadernos que después se convertirían en el diario de su enfermedad. *Diario del dolor* es el libro que cierra la trayectoria literaria de la escritora mexicana María Luisa Puga (1944-2004), fue publicado por la editorial Alfaguara, la Universidad del Claustro de Sor Juana, CONACULTA e INBA en 2004 como un testimonio autorreferencial de su experiencia con una compleja enfermedad autoinmune (artritis reumatoide inflamatoria) que afectaba

sus articulaciones y dificultaba los movimientos más elementales. A finales de ese mismo año 2004 la autora falleciera a causa de un cáncer diagnosticado de forma tardía, pero había dejado para la posteridad un interesante texto en el que se reescribe a partir del dolor, entonces puede reconocerse y reencontrarse con su escritura.

Luego de pasar por una desatención de parte de la crítica mexicana, en fechas recientes el libro ha sido puesto en circulación nuevamente gracias al rescate literario de la colección Vindictas de la Universidad Nacional Autónoma de México, proyecto editorial que lo publicó en 2020, esta vez prologado por Brenda Navarro. Es justo ella quien reconoce la valía del diario puguiano para nuestros días, la autora de *Casas vacías* destaca el diario por haberle dado voz a una mujer enferma, algo que no siempre ha sido fácil de hacer, sobre todo cuando la prerrogativa sociocultural advierte que la salud es el único parámetro aceptable, por lo que hablar desde el dolor puede no ser bien recibido. Es significativo que la reedición del libro ocurriera en medio de una pandemia (SARS-CoV-2) que paralizó al mundo y dejó tras de sí millones de personas fallecidas. En ese momento la reflexión acerca de la enfermedad se precisaba más urgente que nunca y así lo reconoce Navarro.

Puga fue diagnosticada en 2001 con artritis reumatoide, ella ya lidiaba con los síntomas antes de que un profesional de la salud le diera nombre a su dolencia, pero con el dictamen médico a sus espaldas, la escritora decide confrontar al dolor por medio de la escritura, es aquí donde surge *Diario del dolor*, un texto autobiográfico en el que Puga nos relata su cotidianidad al lado de Dolor. Para ello se vale de cien breves, pero contundentes entradas (cada una sintetiza el contenido de lo relatado) que carecen de orden cronológico. Esto último lo vemos como un intento de afinar la narración hacia lo que más le importaba a la autora: exponer un duro proceso de autoaprendizaje que no se dejó condicionar por fechas o tratamientos venidos del exterior. En las páginas del diario encontramos desplegadas su interioridad, la cual paso por sus actividades, sus pensamientos, su sentir, sus miedos y deseos, todo ello mientras Dolor se va revelando conforme transcurre el diario; a veces Puga le teme a esta presencia, pero siempre la reconoce como compañía, así lo menciona en la primera entrada: “Desde que llegó no he vuelto a estar sola” (Puga, 2004, p.9)

Esta presencia, a la que, sin más, Puga llama Dolor, es la personificación del principal malestar causado por la artritis reumatoide, inicialmente lo describe como alguien delgado, untuoso, oscuro que está al acecho siempre (Puga, 2020, p.12). Luego, suele describirlo como un ser flaco y amarilloso de hombros huesudos llenos de caspa. Estas descripciones van cambiando conforme se transforma su relación con Dolor. Y es que aquella singular compañía ha llegado para quedarse y no resta sino prepararse para ello. A veces su presencia la molesta, otras, la incomoda, pero ya que no puede deshacerse de ella, opta por admitir su nueva situación y por darle lugar no solo en su cuerpo, sino en su escritura. Tal vez de este modo dejaría de sentirse solo una enferma crónica para repensarse escritora.

El objetivo del presente artículo es identificar a la escritura como la herramienta principal de la autora para enfrentar el duelo, entendiéndolo como la respuesta ante una pérdida, generalmente asociada a la muerte de un ser querido. Sin embargo, aquí el duelo ocurre por la pérdida de la salud de Puga, la cual representa, a su vez, la pérdida de su identidad tal y como la conocía. La escritura resulta la única manera de enfrentarse cara a cara con el dolor como un otro que busca comprender, pero también pretende entenderse a sí misma, de manera que el diario le permita procesar este duelo con la esperanza de volver a reconstruirse a través de su propia palabra. Tal vez así encontraría otra posibilidad de ser incluso con Dolor a su lado.

Metodología

El primer paso será un análisis breve de *Diario del dolor* de María Luisa Puga, tomando en cuenta aspectos como estilo, estructura y género; para ello recogeremos citas de diversos autoras y autores acerca del libro. Tras esto, integraremos los conceptos claves del artículo que nos sirve como base conceptual: “El dolor y la enfermedad como transformación. un análisis desde la fenomenología y la narración” de Isabel Morales Benito. La importancia de los conceptos mencionados por Morales (como el carácter de otredad del dolor y del cuerpo, la metamorfosis y la crisis de identidad, la instalación en el tiempo presente y la soledad y la pérdida de relaciones con los otros) estriba en que permiten entender en parte, el proceso personal de Puga, quien no solo echó mano de la escritura como terapia, sino que, además, hizo del difícil momento una oportunidad para rebelarse frente a la enfermedad. Y es que, aunque el dolor no podía vencerse escribiendo, al menos quedaba sujeto a su pluma.

Estos pasos en el análisis le dan estructura a nuestra dilucidación y no solo eso, este acercamiento resulta útil en tanto consiente ampliar la perspectiva acerca del diario y en la forma de referirse al dolor en la literatura reciente. Finalmente, develaremos la manera en que se hacen presente los citados conceptos en el texto de Puga, pero no de manera comparativa, más bien encontrando el ritmo particular con que la autora modula el cuerpo dolorido en su *Diario del dolor*. Cabe añadir que de ninguna manera pretendemos un discurso exhaustivo, pues la limitante temporal de este proyecto nos impide ahondar en las bases del texto literario, pero esperamos que este artículo funcione como semillero para que otros estudiosos generen su propia ruta de lectura.

Estado del arte

La mayoría de la crítica acerca de este libro de 2004 se centra en la noción de escritura que tiene presencia en el diario. No solo por las claves que devela de la autora en tanto se trata de un género que deja constancia de un yo, de una historia especialmente íntima, sino por lo que este intimismo implica en la arquitectura de las páginas, pues no se trata únicamente de describirse, sino de escribirse en primera persona, dejando advertidos perfiles nunca dichos en sus obras.

Los primeros signos de que estamos frente a una narración autobiográfica condicionada por el pacto referencial son la enunciación en primera persona, la identidad nominal autor-narrador-protagonista y el paratexto del título. Más allá de esas marcas, en el devenir del texto conocemos la situación de Puga: su padecimiento crónico degenerativo, el itinerario de consultas y los cambios que ha debido hacer para seguir escribiendo. Siguiendo a Trejo Valencia: “Estas puntualizaciones dejan ver una identidad presentada como autobiográfica, pero desplegada desde un singular tratamiento en donde María Luisa Puga dialoga con el personaje Dolor. A partir de ese recurso, la autora rediseña la realidad en pos de una verdad personal: cómo recuperó su ser escritural luego de verse en el espejo de Dolor” (2023, p.217).

Las investigadoras y escritoras Cristina Rivera Garza, Brenda Navarro, Victoria Estrada, Irma López y Marie-Agnes Palaisi destacan estas nociones en sus respectivos acercamientos al diario puguiano. Y ya que la escritura es uno de los actos centrales que se estudian en este libro, sus revisiones acerca de *Diario del dolor* remiten con insistencia a la profunda autorreflexión llevada a cabo por la autora a lo largo de las cien entradas. Irma López, pionera en la revisión de la obra de María Luisa Puga, enfoca su análisis en nociones que develan la intimidad de Puga en el texto: “(Re)composición del cuerpo/texto en *Diario del dolor*” (2006). Irma López ve la escritura del diario desde el narcisismo, pero no desde un término que pueda considerarse peyorativo, sino desde una vena creativa que pondera por todo lo relevante que fue para la poética puguiana: “En el caso concreto de María Luisa, este ejercicio especular es vasto y esa extensión incita a examinar con detalle el diálogo que entabla con este espejo –como confidente, amigo sincero o enemigo que engaña–. La mirada en ese espejo, presente desde sus primeros titubeos con la escritura, transluce el proceso de autoindagación que lleva a cabo siempre” (López, 2006, p. 236).

También ahondando en la autorreferencialidad de una autora que proyectó su quehacer escritural en buena parte de sus textos, la investigadora Palaisi comenta en su artículo “María Luisa Puga y la textualizac(c)ión del cuerpo enfermo de la mujer”: “los dos temas fundamentales que estructuran toda una parte de la obra de Puga que son: la escritura y la enfermedad; relacionadas por supuesto entre sí, y también con un tercer tema que es la relación afectiva con el otro” (Palaisi-Robert, 2011). Sin dejar de lado la escritura, otro de los puntos que no se deja de lado es la marca autobiográfica, pues en el texto la narradora se identifica como María Luisa Puga, si bien la crítica no se ha centrado lo suficiente en este punto, no deja de ser un comentario recurrente a la hora de abordar el libro. La escritora Cristina Rivera Garza en una reseña titulada “María Luisa Puga y la casa donde el cuerpo cae” comenta que el libro es: “un recuento autobiográfico en el que no sólo queda plasmada su relación cotidiana con la artritis sino también con la escritura” (Rivera, 2014). En este caso, vida/obra parecen tener un lazo mucho más estrecho que en el resto de la obra de Puga, la cual, ya suficientes nudos autobiográficos solían implicar.

Por otro lado, autoras como Palaisi y Navarro, encuentran una resistencia en contra del capitalismo y la noción de cuerpo sano que implanta el sistema actual, viendo al cuerpo enfermo como algo relegado o no tomado en cuenta. Brenda Navarro en el prólogo de la edición de *Vindictas*, comenta: “Este Diario, ante las circunstancias que actualmente vive el mundo en 2020, se presenta como una postura política ante sí misma: el hecho de vivir me fuera del espacio público y convertirme en una doliente no me mata, sino que me immortaliza en palabras” (Navarro, 2020, p.10).

Resultados

1. El carácter de otredad del dolor y del cuerpo

En la tercera entrada de *Diario del dolor*, en la que Puga relata la experiencia de adaptarse a una vida con dolor, cierra diciendo: “Antes yo no era así y a veces me extraño” (2004, p.10) Desde las primeras páginas, podemos observar cómo la relación de Puga con su cuerpo y su identidad se ve trastocada desde el momento en que aparece la enfermedad y con ella, el dolor. Entonces que comienza el quebrantamiento de su identidad en el que incluso su propio cuerpo le parece ajeno. Lo anterior, podemos explicarlo retomando al antropólogo David Le Bretón, quien en el libro *Antropología del dolor* (1999) menciona que “El dolor es un momento de la existencia en que el individuo confirma la impresión de que su cuerpo es extraño a él.” (p.25) Con la aparición del dolor, Puga ya no se reconoce como la mujer escritora saludable, sino que ahora se reconoce como *otredad*. Dicha *otredad* viene de percibir el cuerpo enfermo y con dolor como otro, como el extremo contrario de la unidad que representa la salud, pues tal como expone Isabel Morales Benito en el artículo “El dolor y la enfermedad como transformación. Un análisis desde la fenomenología y la narración”: “El dolor y la enfermedad son identificados primeramente por el sujeto como *lo otro* que invade mi vida, mi actividad; una suerte de cambio repentino que me adviene desde fuera y que me coloca en una situación de total pasividad” (2006, p.236). Sin embargo, Puga habrá de hacerse con estrategias narrativas para tomar el control de la situación aunque sea momentáneamente, por eso buscará darle sentido a ese otro que tanto trabajo costaba entender.

Puga sabe que con describirlo no basta para darle forma, es necesario denominarlo porque, al fin y al cabo, nombrar es conceptualizar. Entonces lo llama: “Lo que es la palabrita dolor ¿no? Le puse mayúscula y le hablé. Antes no lo nombraba. Estaba ahí de una manera mucho más despiadada” (2004, p. 61). Utilizando el ejercicio literario de la prosopopeya comienza a pensarlo como aquél instalado a su lado, entonces puede tomarlo por los hombros para decirle de una buena vez que se esté quieto. Pero Dolor no habrá de aceptar con facilidad un rol secundario, de ahí que en la entrada titulada “Cero uno a su favor”, la escritora acepte que se equivocó con dejarlo estar libremente en su vida, así que se afana en (d)escribirlo para cercarlo, y si no a la enfermedad que se le escapaba a los especialistas y a la ciencia, sí a la figura conformada en su diario. Más allá de argucias médicas o tratamientos científicos que no podían poner el jaque al dolor, María Luisa Puga le ganaría terreno en la escritura. Desde ahí le ve sus puntos flacos a Dolor y desde esas vacilaciones la pertinaz diarista entiende que ni él ni nadie le arrebatará la posibilidad de seguir diciéndose desde la escritura.

Desde el momento en que Puga es consciente de que tiene un padecimiento que la llevará a convivir de manera indeterminada con algo que ella llama Dolor, comienza su camino para sobrellevar el duelo que viene por la enfermedad, ya que, al vivir con este diagnóstico, su vida e identidad como la conocía cambian por completo; desde su movilidad, sus actividades y por supuesto, su escritura, que será clave para buscar reconocerse en esta otredad. Es justo la escritura la que le permite confrontar a este intruso que invade su cuerpo y enfrentarlo no en un sentido de desear eliminarlo como enemigo, sino entenderlo incluso, como parte de sí misma.

2. La metamorfosis y la crisis de identidad

María Luisa Puga da el primer paso para re-conocerse en la otredad con la búsqueda de su identidad a través del encuentro cara a cara con el dolor por medio de su escritura. Sabemos que la llegada de Dolor no sólo trastoca el cuerpo sino la identidad de la autora, en palabras de David Le Breton: “La aparición del dolor es una amenaza temible para el sentimiento de identidad” (1999, p.25) pues se deja de ser quien se era antes; todo lo que había construido alrededor se desploma cuando las palabras “dolor” o “enfermedad” aparecen, e incluso, pareciera que se pierde el control del propio cuerpo.

En la entrada once “¿En dónde quedé yo?” Puga escribe: “Porque tengo bien definida su presencia, su territorio, sus recovecos, pero ¿y yo? Perdí mi imagen. Esa que tanto tiempo he pasado en construir, que es tan frágil porque cualquier cosa la distorsiona.” (2004, p.14) Esta crisis de identidad viene del no reconocer como suyo el cuerpo doliente o enfermo, este cuerpo que cambia, provoca que también cambié su percepción como sujeto, orillando a la autora a sumergirse en una situación crítica, en una especie de duelo que le provoca una sensación de vacío.

En el proceso de adaptación el enfermo toma conciencia de las limitaciones y la caducidad de su cuerpo y, parafraseando a Thomas Couser, su identidad es amenazada pues la trama más o menos estable de la propia vida se desestabiliza frente a un cuerpo disfuncional sometido a la degradación. Y es que debemos reparar en que las enfermedades crónicas ponen al paciente en un punto equidistante del ideal de salud que se pregona desde los núcleos más habituales de nuestra cotidianidad, por eso el proceso de degradación lo entendemos como el de un cuerpo disminuido, como la posición de un paciente que entre en un devenir esperando "llegar" a recuperarse, esto es, esperando volver a ser lo que se era. Ahora bien, Puga sabe que su vida ha cambiado y no puede quedarse esperando ni romantizar su pasado, el verdadero reto está en adaptarse a la situación y no dejarse avasallar por un padecimiento.

Claro está, *Diario de dolor* deja claro que el proceso de aprendizaje no fue fácil ni se dio de forma inmediata, Puga pasó por problemáticas hondas en lo personal y lo profesional, pero con esta crisis llega la metamorfosis. La transformación es inevitable, ya que, como señala Le Breton "Todo dolor, incluso el más modesto, induce a la metamorfosis, proyecta a una dimensión inédita de la existencia, abre en el hombre una metafísica que trastoca su ordinaria relación con el prójimo y con el mundo" (1999, p.26). Tanto la autopercepción de la autora como su relación con Dolor se transforman conforme escribe el diario, de forma que María Luisa Puga no es la misma al inicio y al final de este texto; su manera de relacionarse con el mundo, así como su identidad, se reconfiguran mientras configura la historia que nos quiere contar.

3. La instalación en el tiempo presente

En esa nueva relación con Dolor, tiempo y espacio son intervenidos por esta dolencia. Es verdad que Puga comparte el espacio y, por consiguiente, el tiempo, con Dolor, pero este es tergiversado cuando la enfermedad arrecia. En palabras de Morales Benito: "El dolor instala al doliente en el tiempo presente, porque su realidad en tanto que perspectiva lo convierte en siempre nuevo" (2018, p.240). Un eterno presente se instala en la persona, ya que el dolor siempre se encuentra presente, siempre es. En este tenor, en la entrada número catorce, "El tiempo y el dolor", se lee lo siguiente: "Perdí el pasado y el futuro. Ambos son irreales (...). Soy este presente raro y largo que no me permite ver hacia donde se dirige y en el cual estamos contenidos dolor y yo" (2004, p.16).

Al estar plantada en un tiempo presente las nociones de pasado y futuro son difusas para la autora que se nos presenta en las entradas del diario. La investigadora Marie-Agnés Palaisi comenta al respecto: "Estar enferma se traduce en una percepción distinta del tiempo y del mundo que es todavía más aguda si se sabe que no hay curación posible y se vislumbra la muerte como único futuro próximo" (2011, p.235). La percepción con Dolor es continuamente transformada en la narración del texto puguiano. En un punto, la autora le escribe y lo describe de la siguiente manera: "Tú eres una cosa larga, inacabable, incambiable. No tienes principio ni fin. Eres eternamente (...). Eres, estás siendo siempre" (2004, pp.64-65). La imposibilidad de una cura y la dolencia constante hace del presente un momento complejo. En esta ansiosa recuperación de su pluma del pasado para adaptarla al yo del presente, la diarista siente a dolor engordar a su costa mientras se pregunta "¿Dónde comienzo y termino yo? En la orilla del desánimo y a la espalda de Dolor que no me toca, pero está ahí. [...] Escritura. Esa cae a los pies con un alegre tintineo. A tientas la levanto buscándole el derecho y el revés. Hay que saber cómo se usa. Hoy, ahora, en esta situación" (2004, p. 21). Apurada por entender cómo usar su escritura ahora que Dolor modula sus días, se esfuerza por escapar de ello y se propone escribir un libro donde no nada más se enfoque en sus dolores, sino que retrate cómo va encontrando la posición que ve como algo natural en su vida: escribir.

4. La soledad y la pérdida de relaciones con los otros

¿Cómo comunicar o compartir el dolor? Las nociones de cada persona son abstractas y únicas, es más, la percepción de un mismo fenómeno no es el mismo. Dolor siempre se encuentra con la autora, pero los demás, el mundo que los rodea parece encontrarse en otro estrato. Marie Agnés Palaisi habla sobre la relación con el otro como: "la reflexividad está cortada: la enfermedad impide que la otra, que en este caso es la persona sana, proyecte en la enferma las imágenes construidas de los seres humanos" (2011, p.321). Las

concepciones de cuerpo sano o persona no pueden ser proyectadas en un cuerpo enfermo, por lo tanto, hay una distancia entre aquellos pacientes que están enfermos y las personas sanas.

La autora ganadora del Premio Xavier Villaurrutia (en 1983) supo valerse de los recursos de su oficio para darle presencia a una abstracción con la que dialoga mientras se transformaba: “Antes yo no era así y a veces me extraño [...] y como me cuesta acostumbrarme, la que cambia soy yo. Soy desconocida” (2004, p. 10). Dolor la pone frente a un nuevo proceso de vida y acude a la escritura para reencontrarse con ella: “No se tiene memoria del dolor hasta el momento en que llegas para quedarte. Es cuando nos tenemos que adaptar, o aprender a ser alguien distinto de lo que éramos y a usarnos de otra manera. Qué raro ha sido y que nuevo. Por eso te escribo tanto” (2004, p. 91). Adaptarse significa acomodarse, por lo que el verbo traduce el hecho de que la diarista ha debido avenirse a condiciones motrices y mentales distintas a las que tenía, condiciones que la dejaban más que nunca fuera del centro sociocultural de la época, sobre todo considerando que ahí convergen los puntos medulares de una sociedad que glorifica la salud y la juventud, perspectiva capacitista que propicia una diferencia cada vez más profunda entre sanos y enfermos.

Dentro de una sociedad como la nuestra que privilegia la fuerza de trabajo físico, el hecho de perder la posición vertical se entiende como algo trágico debido a que es un signo corporal de fortaleza y autonomía, algo que termina por separar a los enfermos de los sanos. De ahí la reticencia de parte de la Puga textualizada para dejarse catalogar simplemente como una enferma, ella no está dispuesta a dejarse avasallar por frases de conmiseración de quienes la miran como una minusválida, ‘menos válida’ según la etimología. Ante quienes la compadecen impondrá su discurso, como lo deja ver la siguiente cita, iluminadora en más de un sentido: “El otro día, en el baño, una mujer quiso ayudarme y le dije que no era necesario... quiso saber por qué estaba así. Le conté y ella me interrumpió todo el tiempo para darme ánimo. Hasta que le dije: Pero no es tan grave, yo ya brincotée todo lo que quise” (2004, p. 69).

Conclusiones

A través del análisis del libro de María Luisa Puga a la luz de estas categorías con relación al dolor, podemos rescatar algunas isotopías que permiten dotar de significados al libro, tal como se había anticipado en la introducción de este artículo, el diario es la herramienta que ayuda a la autora a transformar su relación con el dolor y con el mundo.

La escritura, de esta manera, resulta terapéutica para sobrellevar el duelo que supone la pérdida que representa enfrentarse a diagnósticos que pueden ser devastadores para el paciente. Mediante la escritura, Puga logra re-conocerse aún en la enfermedad, por eso al final de su último diario logra separarla de su oficio y se promete que vendrán muchos más temas de los cuales podrá hablar. Para este momento, la autora está consciente de que la enfermedad no podrá quitarle el derecho a decirse, entonces acepta que hay que aprender a lidiar con Dolor, aquella presencia huesuda y amarilla que la seguía a todas partes. Puga vuelve a tomar posesión de su cuerpo y su escritura al momento de reconfigurar su identidad como persona y como autora, entonces plasma en las páginas de su último libro una experiencia personal que se vuelve una posibilidad de colectivizar el dolor que hemos entendido más bien como algo privado. Aquí una virtud de *Diario del dolor*, ser un texto que es capaz de comunicar el dolor y ponerlo frente a los lectores pese a que es algo abstracto y único.

A través de una retórica en donde la memoria y la imaginación crean un caldo de cultivo para la narrativa, Puga traduce el dolor en significantes: lo mismo incomodidad y desazón, que una coraza que la aprisiona o la provoca para decir; desde esta última conceptualización adquiere una renovada relación con la escritura. Esta es una reacción por demás lógica si consideramos que la reflexión desprendida de un cuerpo lacerado no solo la mantendría a flote, simbólicamente la mantendría erguida pese a tener que estar sentada en su silla con ruedas (Puga se negó a usar una silla de ruedas y adaptó, con ayuda de su pareja, una silla secretarial que pintó de color rojo, para desplazarse con más comodidad dentro de su casa) o recibiendo terapia de ronroneos gatunos recostada en su cama.

Luego de dolor, los pasos de la escritora habrían de detenerse para recoger los trozos de un espejo roto en el que Puga no se identificaba, pero una vez que los organizó en su escritura, fue surgiendo la imagen de una mujer que se estaba re-conociendo, con el aprendizaje personal que eso implicaba. Si esto es así, “ella recuperaría la sensación de movimiento (aunque fuera metafórico) por medio de la tinta y el papel, entonces pudo escribir más allá del dolor mientras se auto examinaba” (Trejo, 2023, p. 235), y así, finalmente, pudo concluir que saldría adelante de la enfermedad porque estaba convencida de que las cosas iban a mejorar, no

en vano advierte: “Te traigo en la mano, en el antebrazo, en el hombro, pero ya no en el alma” (p. 88). Como puede verse, de la experiencia real a la conformación textual, Puga se sintió desfigurada y debió aprender a reconfigurarse y a hacer de la escritura el hilo para ir cerrando las costuras que el proceso patológico le dejó en el cuerpo. Es verdad que la recuperación no llegaría para la autora, pero su testamento literario se ha alzado como un relato invaluable acerca del cuerpo enfermo.

En última instancia y a manera de conclusión apresurada, este texto ha querido dar cuenta de la manera en que Puga fue capaz de configurar un registro no ficcional matizado con la creación de un personaje inadmisibles en la realidad convencional (pero válido en su realidad), razón por la cual crea uno de los textos más singulares de la narrativa contemporánea escrita por mujeres, un testimonio imprescindible para todos aquellos que busquen darle sentido a los nudos alrededor de los cuerpos adoloridos.

Bibliografía/Referencias

- COUSER, T. (1997). *Recovering Bodies: Disability and Life Writing*. Universit of Wisconsin Press, Wisconsin.
- MORALES BENITO, I. (2018). “El dolor y la enfermedad como transformación. un análisis desde la fenomenología y la narración.” *Cuadernos de Bioética*, XXIX (97), pp. 233-245.
- NAVARRO, B. (2020). “El dolor es igual que un gato”, Introducción a *Diario del dolor*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- LE BRETON, D. (1999). *Antropología del dolor*. Barcelona: Seix Barral.
- LÓPEZ, I. (2006). “(Re)composición del cuerpo/texto en Diario del dolor”. *Anuario de Letras. Lingüística y Filología*; Vol. 44, 2006; pp. 233-253. Disponible en: <https://revistas-filologicas.unam.mx/anuario-letras/index.php/all/article/view/1025>
- PALAIISI-ROBERT, M.A. (2011), “María Luisa Puga y la textualizac(c)ión del cuerpo enfermo de la mujer”, *El cuerpo del significante. La literatura contemporánea desde las teorías corporales*, Diego Falconí y Noemí Acedo (eds.), Barcelona, Eidioc, pp. 317-324. Disponible en: https://www.academia.edu/22058197/Mar%C3%ADA_Luisa_Puga_y_la_textualizac_c_i%C3%B3n_del_cuerpo_enfermo_de_la_mujer
- PUGA, M. (2004) *Diario del dolor*. México: Alfaguara-Universidad del Claustro de Sor Juana, CONACULTA-INBA, México.
- RIVERA GARZA, C. (2014). *María Luisa Puga y la casa donde el cuerpo cae*. EL PAIS. Disponible en <https://blogs.elpais.com/papeles-perdidos/2014/03/maria-luisa-puga-la-casa-donde-el-cuerpo-cae.html>
- TREJO VALENCIA, G. (2023). Una poética de la autorreferencialidad: la narrativa especular de María Luisa Puga (Tesis doctoral, Universidad de Guanajuato, México).